

PREGÓN

CARTEL DE LA SEMANA SANTA 2005

ALFONSO VALENCIA LOZANO

Ya la cuenta atrás del tiempo,
Hermanos de cofradía,
Está de nuevo cumplida,
Todo en su momento sucede,
De nuevo llegó el día
En que un pueblo entero espera
Con emoción contenida
Con deseos renovados
Ver a su Virgen querida
A una Madre en sus Angustias
Y a su Hijo en Santo Entierro
A ellos me encomiendo
Para empezar sin tardanza
Este pregón de esperanza.

Cuando hace unas horas abandonaba el lugar donde vivo, cuando iba dejando atrás el mar tan querido por todos, el mar de las excelencias, el Mare Nostrum e iniciaba la ascensión que me llevaría a mi lugar de nacimiento, a los territorios de la patria que es la niñez, empecé a recordar aquellos primeros años cincuenta, en los inicios de aquel colegio famoso, años en que la vida, como en los sueños, resultaba muy gris. Todavía Campillos luchaba por salir de la pesadilla vivida años atrás, el hambre física se enseñoreaba aún y difícilmente se atisbaba el hartazgo en el horizonte. Eran años en los que a la única virtud teologal a la que nos aferrábamos era la esperanza.

Hace unas horas, mientras conducía, lentamente me iba abandonando el olor salino de mis días que iba a cambiar por el del olivar ceniciento y el de nuestros sedientos secanos. Al tiempo que dejaba atrás un paisaje engalanado por el manto blanco de la flor del almendro, iba percibiendo los aires ábregos de febrero que anunciaban la derrota del invierno y la llegada de la primavera y lo que traen todas las primaveras. Renacía en mí, casi sin darme cuenta, mientras recordaba, el olor a tomillo y romero de nuestros cercanos montes, la fragancia de violetas y lirios morados, el nuevo y permanente reverdecir de

la vida. Y así, entre ensoñaciones y reencuentros con aromas perdidos, entre taquicardias premonitorias de este acto solemne, he vuelto a mi pueblo. Y lo hago como el niño que un día correteara por sus calles o que fuera enviado al Seminario a nutrir las filas de los pastores de aquella Iglesia tan diezmada unos años antes. Vuelvo como un joven miembro de la edad tercera pero aferrado a la misma esperanza de cuando era niño.

Hoy estoy aquí frente a vosotros.

Han pasado muchos años, muchas semanas santas, muchas vicisitudes, muchos designios de la vida, pero vengo esta noche con las ilusiones intactas y renovadas para revivir un año más la noche del Viernes Santo. Al cabo de cincuenta años quisiera verlo todo a través de los ojos de aquel niño que está dispuesto a abrir su corazón pregonando su cofradía, la cofradía del Santo Entierro, en el mismo lugar de honor donde elocuentes predicadores y oradores ilustres lo hicieron.

Por todo ello y más que por un deber de cortesía, que también, por un impulso sincero del corazón quiero agradecerle a nuestro Hermano Mayor José Valencia Albarrán el haberme encomendado esta ardua responsabilidad. Es un compromiso que me ha dado la oportunidad de mirar en mi interior donde he encontrado cosas entrañables y una de ellas es el amor que sentí un día por la Cofradía, que

el paso del tiempo y la distancia no ha debilitado pero que esta noche, junto a vosotros, renuevo. Mi inicial sorpresa por el ofrecimiento de José con el paso de los días se convirtió en algo que me llenó de inquietud, de dudas, hasta que finalmente se fue abriendo paso la idea de que era una misión hermosa y que la Cofradía merecía el esfuerzo y dedicación de unas horas, de unos días de mi vida. También acepté porque si somos lo que los demás esperan que hagamos, si no lo hacemos nos defraudaríamos primero a nosotros mismos y después a los que nos han depositado su confianza. Dejo también su parte en esta elección a la Providencia, con mayúsculas, aquella a la que no escapa ni el movimiento de una brizna de hierba ni la caída de un cabello.

Mis sentidas gracias a Francisco González Palacios por sus palabras de presentación, palabras que intuyo sinceras y amigas. El oírlas me ha reconfortado un poco y me ha hecho pensar que algo, siquiera minúsculo, se habrá aportado para la diaria construcción de la convivencia. Es otra de las bondades de la Cofradía, la de ser hilo conductor de nuevas amistades, la de ser denominador común de tantos afectos desinteresados. Pero en mi caso el único y preciado título que exhibo y que justifica mi presencia aquí hoy es el haber nacido y sido bautizado en este querido pueblo amen de ser cofrade de hecho y de derecho. Como dice el poeta:

Este es mi pueblo natal
En estas calles jugué
Nuestra vida hasta el final
Brotó de infancia y de fe. (1)

En estos tiempos de laicismo es muy significativo asistir a actos como este. Solo os pido un favor, el que disculpéis mi bisonería en estas lides y a cambio os prometo brevedad, que no levedad, en lo que os tengo que decir acerca de nuestra Cofradía y del Cartel de este año, prodigio de belleza y sensibilidad.

Rvdo.Sr.Cura Párroco de Ntra Sra. Santa María del Reposo

Exmo.Sr Alcalde

Dignas autoridades

Señores Jefes, Oficiales y Suboficiales del Ejército

Miembros de otras Corporaciones Nazarenas

Hermano Mayor

Miembros de la Junta y Consejo de Gobierno

Señoras y Señores

A mi familia

Si reflexionamos un poco nos daremos cuenta de que una cofradía es un pequeño universo organizado, algo que lleva varios siglos funcionando. Nuestros primeros documentos, señales de vida, datan de 1550, en que un grupo de vecinos de la Puebla de Campillos solicitan de Sevilla,-siempre Sevilla-, autorización para formar una Cofradía con la advocación de la Santísima Virgen María Madre de Dios y Señora de las Angustias. Un siglo más tarde, en 1648, aparece la primera Acta, y es en 1675 cuando se fusiona la Hermandad del Santo Entierro con la Cofradía de las Angustias y donde ya se adquiere el título de Archicofradía y aparecen los primeros consiliarios. Desde ahí hasta el año de gracia de 2005 en que la cofradía toma nuevos impulsos, plasmados en importantes inversiones para mayor gloria de sus celestiales patronos y satisfacción personal de los cientos de cofrades que conforman su punta de lanza. En medio de estos siglos hemos sufrido los fuegos de la guerra, incluso los fuegos de guerras invasoras, como la de principios del XIX, y cual Ave Fénix siempre resurgía porque los principios en que se fundamenta son indestructibles, hemos padecido todo tipo de incomprensiones de todo tipo de jerarquías, toda clase de sufrimientos, fases de desaliento, periodos de debilidad económica. Pero todas estas adversidades juntas no han impedido que nuestra cofradía haya sorteado tantos obstáculos, superado mil pruebas y se haya plantado en el siglo XXI incólume, llena de pujanza material y

espiritual, siendo digna del elogio general y del reconocimiento aquí y fuera de aquí.

Esto último puede resultar prosaico pero incurriendo en retruécano puedo afirmar que el hombre no solo vive de la palabra de Dios sino además de hacer cosas tan magníficas y desinteresadas como las cofradías que son reflejo de la historia del pueblo y de sus gentes. A lo largo de los siglos ha habido una interacción entre ambos y si queremos saber apellidos frecuentes en el pasado y vigentes en el presente hojemos las actas conservadas de la Cofradía para descubrir que éstas vienen jalonadas desde muy temprano de apellidos muy campilleros en sus máximos responsables: así desde la primera en que aparece Menaute si bien este no se conserva en la actualidad como apellido sino como topónimo local hasta otras en que están Carballo, Berdún, Mendoza, Casasola, Lozano, Pérez, Campos, Mesa, Rebollo y hasta los tiempos actuales Recio, Alés, Palop o Valencia. Seguramente en los siglos venideros incorporaremos apellidos foráneos teniendo en cuenta que, por fin, somos receptores en vez de emisores de nueva savia. Somos de nuevo crisol de razas, ahora la mezcla se hace a domicilio en vez de viajar a lejanos continentes, en vez de sufrir la sangría de hombres de tiempos pretéritos. Que nos quede la alegría como cofrades de que en cualquier lugar del globo,

con toda seguridad, se acordarán la noche del Viernes Santo de la Virgen de las Angustias y del Hijo que en funeraria urna lleva a enterrar.

Será una incursión breve, será un recorrido nostálgico, una visión inevitablemente personal en que haré un intento por abarcar desde la Cruz de Guía que abre la procesión hasta el último devoto que va acompañando en el sentimiento a la Madre a la que han matado al Hijo, muerte que tiene muchas interpretaciones, pero la crucial, la primordial, es el dolor que siente una madre cuando se subvierte el orden natural de las cosas, que es que los padres mueran antes que los hijos y Éste ha muerto a edad temprana violenta e injustamente. Ese último devoto que busca, tras la estela del triste cortejo, la protección de las tormentas de la vida. Mis recuerdos también se detendrán en los costaleros, los músicos, los capataces de trono, ¡qué buenos los tenemos y los tuvimos!, los consiliarios, los sayones, los penitentes, los enfermos que están presentes con el corazón, los presentes que lloran por fuera o por dentro, los hijos del pueblo que recuerdan amargamente lo que dejaron atrás aunque la distancia física no les impida esa noche estar con nosotros, a los que arriman el hombro todo el año, o a los que, como yo, están en el otoño de la vida y el Viernes Santo les devuelve a sus mejores años ...

Quiero mencionar en este pregón y como un homenaje, a los más desfavorecidos de nuestra tierra y de todas las tierras pues parece que en ellos se ceba más la desgracia. Deseo manifestar mi mínima solidaridad con los miles de víctimas de los fenómenos telúricos y de la sevicia de los iluminados.

Parece que en estos tiempos, donde un dolor abundante nos rebasa, donde millones de Cristos vivientes sufren en su piel la misma Pasión del que por nosotros murió, estamos abocados a escarbar en nuestro interior y reencontrarnos con nuestras raíces cristianas. Estos días nos disponemos a conmemorar una vez más el sufrimiento, la Pasión del que murió por nosotros, aquel que en los años en que predicó su incómodo evangelio, por eso lo mataron, exclamaba “misereor super turbas” ,tengo lástima, tengo compasión de toda esta gente que sufre, que pasa necesidad. No está de más que nosotros, que estamos mejor instalados sobre todo en el terreno material, les dediquemos un recuerdo solidario a tantos semejantes nuestros, cristos redivivos que viven la pasión, el sufrimiento cada minuto de su existencia. En estos días que se aproximan practiquemos la comunión del espíritu que es algo real y hagamos una transferencia de sus sufrimientos. Ya tendremos tiempo para la alegría y el gozo cuando llegue el domingo de Resurrección.

Quiero que también estén presentes aquí esta noche todos aquellos que viven unos viernes santos sin pasos, los que repiten en los recovecos de su cerebro un año tras otro el horario de la nostalgia. Los que no han sufrido en sus carnes el dolor de la emigración forzada difícilmente pueden comprender lo que pasa por la cabeza de aquellos que no pueden volver por Semana Santa: en su mente se reproduce el itinerario cofradiero: ahora estará Jesús en la curva del Parque, la virgen de las Lágrimas irá a la altura de la calle Guzmanes, el Niño Chiquito delante de María Santísima del Socorro por la Cruz Blanca, El Cristo estará bajando la calle San Sebastián, a estas horas el Santo Entierro puede que esté enfilando majestuosamente la calle Real y unos momentos más tarde Antonio de Canillas, desde los balcones del Casino, conectará como hace decenas de años con nuestras Angustias y elevará a la categoría de arte su saeta, clave del sentimiento, flor que da la garganta y tiene su raíz en el pecho, saeta que puesta en el aire tanto hierre al que la canta como al que la está oyendo, que a veces lo hace el saetero con tanto sentimiento que parece que es mayor la procesión que llevan dentro. En fin, será una noche triste para algunos porque muchos y desde tiempo inmemorial acuden fieles a la cita y desde todos los lugares se produce la sagrada peregrinación a través de una ruta que podríamos denominar campillera. Nuestra hermosa torre es el faro que ilumina tantos caminos por los que van a transitar

aquellos que siguiendo el impulso de su corazón irán buscando la protección de su Virgen de las Angustias, el refugio seguro de su manto.

Quiero hacer una mención entrañable y cariñosa a las demás cofradías porque en el fondo sentimos veneración por todas ellas, desde la Pollinica, la del Niño Chiquito, la del Cristo, hablo en términos en que todos nos entendemos, hasta Jesús y la Virgen de las Lágrimas, aquella en que confluyen las simpatías y el afecto de todos. En el fondo los campilleros tienen el corazón partido ante la belleza de sus Vírgenes pero al ser imposible soportar tanta belleza, finalmente tienen que decantarse por una y no tengo que decir cuál ha sido nuestra elección y por eso estamos aquí. De ahí parte una sana rivalidad que desemboca en una constante superación a través de la pugna por ser la más admirada, porque la de cada uno sea la más bella. Aunque esto no siempre ha sucedido así. Se cuenta que en los siglos pasados las cofradías iban por las calles vociferando, abriendo el cortejo con “jóvenes aguerridos,” como una fuerza de choque, para disuadir a los otros cofrades de que la suya era la mejor, produciéndose enfrentamientos y reyertas.

Hoy esa rivalidad ha quedado encauzada hacia la consecución de la máxima belleza posible en la presentación de la única persona divina que ha existido y de la persona humana más alta que los siglos han parido. El camino de la belleza aunque trágica es una de las vías

por la que todas las religiones penetran en el corazón del hombre, por eso nos atraen tanto nuestras vírgenes y nuestros cristos. Pero esto que puede llevar a confusión a los incrédulos de estas manifestaciones no es exacto del todo pues no sólo la contemplación de tanta belleza explica tanto arraigo popular porque al principio las cofradías lanzaban voces que decían que “esto se hace en remembranza de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo”, dando a entender que aquello no se hacía con ánimo de diversión, para impactar, sino por el convencimiento de que lo que hacían lo sentían.

Todos estamos ansiosos de belleza y, aunque de todo hay por esos pregones del mundo, ya es hora de que me vaya metiendo por los caminos de la poesía. Decía que todos estamos ansiosos de belleza, pero ésta no sólo entra por los ojos por obra y gracia de las imágenes de nuestros Sagrados Titulares. O por los oídos: las bandas de música y cornetas con sus claros clarines. O por el olfato: el incienso, la cera derramada, la fragancia de las flores. O por nuestra percepción del ritmo en que son maestros nuestros costaleros y soldados que vienen en marcial desfile. La belleza también nos inunda a través de la palabra. Alguna vez tomaré la voz prestada de algún poeta que al fin y al cabo son los elegidos, los que elevan a categoría suprema nuestro don más preciado que es la palabra.

Todos los sentidos intervienen en
esta puesta en escena que es nuestra gran noche, la noche del Viernes Santo:

Silencio de madrugada, madrugada de silencio
Campillos, tú que guardas cenizas de mis ancestros
Déjame que en esta noche, pregonero, pregonero,
Yo le diga a las estrellas el amor que por ti siento (2)
Silencio de madrugada,
Que el corazón de Campillos
Este viernes de silencio
Es un corazón que sufre
Con la Angustia de la Madre
Y el amor del Hijo muerto.
Madrugada de silencio,
Dejadme que diga a los cuatro vientos
La emoción que llevo dentro.

La noche del Viernes Santo se convierte en una eterna
fuente de canto. Es la noche única y en ella todo es distinto. Todos nos
sentimos un poco fuera de nosotros mismos, vivimos en una atmósfera
de éxtasis que nos ha ido ganando a lo largo de la semana. En esa noche

somos más hermanos, más buenos, más inclinados a comprender y a perdonar los defectos propios y ajenos. Nuestro Viernes Santo tiene una belleza, a veces terrible. Nuestro Viernes Santo tiene dos tiempos, la mañana de Jesús, la alegre, la inolvidable mañanita de Jesús y un segundo tiempo, más intimista y concentrado en la Pasión, cuando ya comenzamos a sentir nostalgia de la fiesta divina y humana que se va acabando. El Viernes Santo en Campillos tiene un rostro multicolor. La mañana ha quedado marcada indeleblemente de perfumes y el incienso deja prendida su esencia a nuestro alrededor. Parece como si ese día el sol no se quisiera poner. En Campillos se prolonga la maravillosa luz del mediodía y en el azul fuerte de la tarde no se advierte que el sol vaya cayendo pero al final se va y una luna de plata lo suple y es el sol de la noche más santa, es una luna que todavía tiene el reflejo de las lágrimas de la Virgen de la mañana que así se llama. El viernes es para nosotros un día sin noche y sin sueño. Es un cúmulo de sensaciones, una sinfonía de colores, aromas y ritmos. Es algo tan mágico que cuando se termina nos queda la misma sensación, la de un cierto decaimiento y tristeza por el acabamiento de lo vivido y que no se volverá a repetir hasta dentro de un año. ¡Qué hondo vacío interior, recuerdo, se producía el Sábado Santo! Y es que este día ha marcado nuestras existencias mucho más que cualquier otro.

Así como, en alguna medida, se transmiten los rasgos físicos y morales de padres a hijos, así creo que también el ser cofrade, el sentir cofrade, toda la emoción que se siente, ha ido pasando genéticamente de generación en generación. Así veo a mi abuelo paterno, Alonso, en Salamanca donde estuvo sirviendo al Rey a finales del XIX, añorando ferviente y desesperadamente estos días santos, a su pueblo ; veo también a mi otro abuelo Diego, de ascendencia cristista, después de largos meses de postración, consumido de dolores y con su cuerpo paralizado, que es sacado por los vecinos en una silla para que viera su procesión y al paso del Cristo salir andando detrás, ante la admiración de todos cuantos conocían su estado; esto ocurría en calle Santa Ana, esquina Cruz Blanca, y la única explicación es la fe extraordinaria que profesaba a Cristo, esto ocurría a comienzos del siglo XX, y veo a mi padre en los años 30 desfilar vestido de consiliario y me estoy viendo a mí y desde que estoy en el mundo de la conciencia esperar cada Viernes Santo el dulce y cadencioso tambor de los romanos de Jesús que a temprana hora pasaban por la calle Lavados y tirarme de la cama para ansioso asomarme para captar en mi retina el breve desfile y en mi imaginación los veía más fieros de lo que eran. Y ya en la niñez adolescente cuando retirábamos mi primo Alfonso y yo la túnica y demás enseres de casa de don Paco Alés y a primeras horas

de la tarde del viernes nos las enfundábamos y paseábamos muy ufanos durante largas horas. Y es que entonces y ahora la pertenencia a una cofradía era motivo de orgullo y eso había que exteriorizarlo.

Dicen los Evangelios: Era ya cerca de la hora de sexta cuando, al eclipsarse el sol, hubo oscuridad sobre toda la tierra hasta la hora de nona. El velo del templo se rasgó por medio y Jesús en su agonía dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y dicho esto expiró. Todo está consumado.

La luna de Pasión alumbra un duelo de estandartes. Todo Campillos se estremece en el silencio de la noche. Suenan las campanas de la Iglesia, las campanas que, como dijo el poeta, están a la altura de los pájaros, a la altura de las nubes, a la altura de las estrellas. A su lento repicar, a su metálica querella acude la Cruz de Guía de la Hermandad, la joven hermandad que germinó hace ya casi 500 años. La noche solemne lo va llenando todo y queda una tibia luz que se va concentrando en balcones y aceras.

Inesperadamente surge como un relámpago la visión de la Virgen de las Angustias. Los varales crujen, el manto se mueve con un

pequeño oleaje. De un lugar sale una saeta que va directa al alma. Apenas sin notarse se echa a andar con suave balanceo y nuestra fe y admiración son sus escoltas. Sus costaleros la miman con fuerza y finura. ¡Al cielo con ella! Y toda una imagen de desolación nos invade y cual imparable marea penetra en los corazones que sufren lo indecible contemplando a la Virgen y al Hijo muerto y su cuerpo y su alma llorando de desconsuelo:

Deja que en lágrimas bañe

La orla negra de tu manto

A los pies del árbol santo

Donde su fruto se mustia

Capitana de la angustia

No quiero que sufras tanto (3)

He vivido la madrugá en Sevilla y en La Campana he visto llegar a la Virgen del Valle, a la Amargura, a la Macarena, y a su paso por el río Betis camino de Sevilla, a la Esperanza y el Cachorro trianeros; con intensidad, durante largos años, en Málaga , - y sin olvidar ni uno solo la gran cita de Campillos- , he gozado lo indecible con la contemplación del paso del Cristo de Mena, de la Esperanza, del Cautivo por la Alameda, por Larios, por Carretería. ¿Hay quien aporte datos más fundamentales cuando de Procesiones estamos hablando? ¿Puede citarme alguien lugares y momentos más emotivos y emblemáticos? Y dice un campillero, y dicen

mil campilleros alzando la voz: la llegada de la Virgen de las Angustias a la Plaza de España. Y es que en muy pocos lugares del universo cofradiero se ha conseguido una escenificación más fiel de lo que ocurrió aquella noche tan luctuosa y es que se hace más noche en la noche de Campillos, la única luz es la de los cirios, nunca se vio un silencio y un luto más solemnes; en las campanas el toque de difuntos, en la Legión el toque de Oración. En la calle Real el luto y el silencio aparecen colgados de los balcones y las puertas se abren para que entre por ellas el misterio. La Virgen de las Angustias se convierte en la reina de la noche de Campillos, las campanas lanzan lamentos al viento mientras los doloridos hombros de los costaleros soportan amorosamente la pesada y dulce carga. Del Sepulcro emana un aura que reconforta. En la calle de la Gacha, en la de la Sangre, en Molinos, en San Sebastián, todas y cada una de sus casas te reciben.

Al comienzo del itinerario hay dispuestas unas hileras de sillas. Sus ocupantes suman miles de años de contemplación de la sagrada comitiva. Siendo sesenta años más jóvenes se ven reflejados en los niños que comienzan a absorber su mismo espíritu, el de la Semana Santa, que se transmitirá a las futuras generaciones y este pensamiento los reconfortará. Te vendrán a la mente entrañables recuerdos de cuando eras nazareno con novia y ya portabas estandartes y te gustaba ver a las Angustias desde distintos lugares y ángulos. Pero ahora tendrás que seguir la estela del palio o seguir sentado que las piernas ya no están para bullas.

Delante va la urna funerarias, solo la alba pulcritud del sudario puede abrazar su cuerpo que muestra como prueba irrefutable las heridas de las sangrientas horas de pasión. Todos sentimos el dolor que todo lo domina. La legión custodia el Sepulcro que contiene a Dios abatido primero por el beso de Judas, después por el beso de la muerte, por la codicia y por la ambición de los hombres.

“¡Cómo le duele a la noche
Tu paso, cómo le duele!
En las andas de Entierro
Pasa Jesús con su muerte
Sus cinco llagas son
Todo lo que Cristo tiene
Blanco sudario de lino
Blanco sudario de muerte
La gente lo llena todo
La calle en silencio hierve
¡Cómo le duele a la noche
Su paso, cómo le duele!”.(2)

Nunca Entierro alguno se vio tan concurrido. Es que ha muerto el más grande de los hombres y en su muerte hay algo de cada uno.

“No hay carga que sea pesada
Ni límite al entusiasmo
Frente al honor que supone
La noche del viernes santo
Ser portador de su trono
Hasta terminar exhausto.” (5)

Los hombros doloridos de los costaleros van llevando rítmica y cadenciosamente la divina carga. En Campillos, como dice el castizo, nuestros costaleros salen no a cumplir, salen a triunfar. Costaleros para llevar al Señor en su lecho, responsables de mecer casi sin moverse la imaginaria urna de oro que protege su inerte anatomía, amarfilada, sin sangre en las venas, costaleros que llevan al Señor dormido en una postura abandonada. El mejicano jesuita P. Cué los llama orfebres anónimos de la Semana Santa y les dedica esta loa: “Deja que te quite ese costal recio y áspero y que te coloque una corona de laurel, tú que eres la cariátide que sostiene el peso de la gloria y el ritmo de las procesiones.”

Pero esta exégesis del costalero nos lleva directamente al capataz, ya dije al principio ¡qué buenos los tenemos y los hemos tenido en Campillos! Un hombre corpulento camina delante del Sepulcro, un capataz con voz poderosa y una Madre de Dios que solo olvida sus Angustias cuando mecen la tumba transparente de su Hijo. Dos de ellos han hecho historia, padre e hijo, ambos con el mismo grito profundo, desgarrador que añadía más sinceridad y sentimiento a la noche mágica. Creo que todos los enterristas, como se dice en el argot cofradiero, quedamos marcados primero por el padre y después por el hijo. Y no puedo dejar de reproducir estos versos proféticos de Andrés, hijo:

“Madre mía de las Angustias

La vía que me quea

A gusto la cambiaría

Por irme al cielo

Por los restos de la vía

¡Qué bonita eres, Madre mía”

Andrés, con talento y bien llevao, ¡vamos al cielo con él!

La noche del Viernes Santo es noche para la Angustia de María, es la noche para el dolor de cada madre por las angustias de una

madre que ve a su hijo desfigurado, muerto ya por los pecadores de todo el mundo, de todos los tiempos, de entonces y de ahora. Pero no llores, virgen de las Angustias, que no hay muerte. Aunque lo veas así, inmóvil y mudo en el reposo del Sepulcro, Campillos te acompaña y vierte sus últimas lágrimas ante el Hombre-Dios yacente, últimas porque entierra la desesperanza y el miedo dentro de un sepulcro vacío porque Cristo despertará de su bendito sueño para reinar por siempre, porque su muerte nos abre las puertas de la vida. Cuando vayas tras él abre tus manos en la noche campillera para asir la de los que te contemplan y acompañan buscando el calor de tu mirada que alivie el frío de sus almas.

La Virgen de las Angustias lleva al cielo de Campillos como palio. La van cortejando las mujeres campilleras, elegantes, irradiando belleza por sus ojos, luna terrenal, con la tez blanca como la cera que arde en sus manos, con sus mantillas negras como la noche:

“Hay puñales de sombra cubriendo las mantillas

Los claveles, las peinas, los vestidos de raso

De todas las mujeres que piadosas semejan

El fúnebre cortejo del calvario” (6)

Hay puñales de sombra en las mantillas

Miradas de amor, mudas oraciones.

Que la mujer comprende aún más tu desconsuelo
Y quisiera ser pañuelo o ser sudario,
Para estar más cerca de la Madre y de su Hijo
En el fúnebre cortejo del Calvario

Campillos se entrega a ti desde hace casi quinientos años
y no quiere verte nunca sola y por eso se arremolina a tu alrededor cada
Viernes Santo y como te vemos tan rota y destrozada sobre el trono no te
dejaremos morir de dolor. La Virgen de las Angustias mira al cielo, viene
luciendo sus mejores galas para la comitiva más grandiosa del más grande
de los hombres.

“¿Qué herida tiene tu alma
Señora del Viernes Santo?
Sé que el fruto de tu vientre
Te lo han arrebatado
Y ahora yace en una urna
Porque acabó su calvario
Con el agua de los mares
El cristal se ha cincelado
Y en una urna de plata
Está el Señor descansando. (7)

El pueblo también la canta en esta copla:

La Virgen de las Angustias

Detrás del sepulcro va

Muy triste y muy dolorida

Mirando por un cristal

Viendo a su divino Hijo

Que lo llevan a enterrar.

Está llegando el momento final. Los hermanos cofrades se aferran al Cristo yacente y a su Madre. No quieren perderlos. Han caminado por las calles del pueblo un año más y las han llenado de gozo y de dolor. Se entona el himno nacional y la música inunda la noche y el olor a cera e incienso se funden. La cofradía ha entrado, ha acabado la estación de penitencia. La Hermandad ha entregado alma y corazón a sus titulares y sale purificada y dispuesta a ayudar a la convivencia y servir a la sociedad. Se hace el silencio y ya se está pensando en el año próximo. Y todo ha parecido un sueño, el sueño de todas las primaveras. Y una discreta y legítima complacencia parte de la calle San Sebastián en todas las

direcciones acompañando a los que por devoción han trabajado tanto pero que han visto sus esfuerzos recompensados.

Ya es llegada la hora de descubrir el cartel. El rostro de la Virgen que aparece tiene una

Belleza abrumadora

Que enamora

Que conmueve

Que hipnotiza

Que subyuga

Que sugiere sentimientos

Que a todos nos ennoblecen

Mirada reparadora

Mirada corredentora

Mirada llena de unción

Que refleja en un momento

Las lágrimas en Belén

Y las que vertió en el Gólgota

Las primeras de alegría

Con Jesús en el pesebre

Y las otras de agonía

Con su Hijo ya inerte.

Se me ocurre preguntarle al autor:

¡Qué belleza, imaginero

Qué bien te salió, qué guapa,

¿En qué fuentes te inspiraste?

Aunque con cara angustiada

Qué bien te salió, qué guapa!

Pero hay un trasfondo en la imagen pues aunque muy bella su dolor queda reflejado con gran plasticidad. La pérdida del Hijo amado la deja en estado de postración. De sus ojos castaños salen unas mudas lágrimas que ruedan por sus mejillas. En su cara veo estupor, incredulidad, ante lo que le estaba pasando, seguramente el gesto que hemos visto en madres que han perdido a sus hijos violentamente y éste además refinadamente torturado. Cuando contemplé el cartel hace unos días, en soledad, en silencio, afloraron desde mi interior unas vivencias que ya tendríamos seguramente en el claustro materno, la de la identificación con la madre, con todas las madres. Y esa que tenemos ahí delante es nuestro máspreciado patrimonio. Finalmente

“Se me ha quedado huérfana

La mano de palabras
Y la voz quebrada
Al ver tu sufrimiento,
Me encoge el corazón tu desconsuelo
Y lo traspasa como el puñal de dolor
Que llevas en el pecho
Debió soñar contigo
Quien te esculpió,
Tuvo que imaginar
Tu rostro allá en el cielo
Que en la tierra
Es imposible concebir tanta hermosura
Ni tan perfecta simbiosis de dolor y de ternura.
Tienes lágrimas y angustia en la mirada
Y resaltan aún más tanta belleza
El óvalo divino de tu cara
Déjanos, Madre, aliviar tu dolor
Aligerar tu pena
Y enjugar las lágrimas tuyas,
Porque todavía tenemos el corazón
Capaz de lluvia.”

Pero nosotros sabemos que dentro de tres días esa herida que tiene su alma sanará, cuando triunfe definitivamente la luz sobre las sombras.

He desnudado mi alma, como ya hicieron mis antecesores. Y ahora que mi voz no me está traicionando por la emoción, que no está tan vacilante, debo terminar. El tiempo es implacable en su medida. Me siento recompensado por haber escrito un capítulo de este hermoso libro de los pregones del Entierro y por haber vivido este momento imborrable. Mi recuerdo, por último, a las dos personas que fueron el germen de mi vida y que hace tiempo volvieron al seno del Padre, donde todo se origina y a donde todo regresa. Mi pensamiento final es de agradecimiento al Cristo yacente y a su Madre por vivir esta noche mágica y por haber comenzado con sus nombres. Seguro que mañana mismo comenzaré a añorar este momento.

HE DICHO

Alfonso Valencia Lozano

Málaga, febrero de 2005.